

Cuando Dios calla, yo cambio y todo cambia

“Cuando tengan que enfrentar problemas, considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho. Pues... cuando su fe es puesta a prueba... tienen la oportunidad de desarrollarse...”, Santiago 1:2-3 (NTV).

Seamos honestos: lo que más deseamos es que Dios nos arregle la vida de inmediato. Queremos que el gigante caiga rápido, que la billetera se llene el lunes y que el diagnóstico médico cambie el martes. Nos gustó el primer mensaje de esta serie: cuando Dios habla, todo cambia. Pero en contadas ocasiones, la realidad es otra. Regresamos a casa, oramos con fe, ¿y qué pasa? Nada. La deuda sigue ahí, el matrimonio sigue frío y el cuerpo sigue doliendo. **¿Qué hacemos cuando el reloj no frena, el cielo no responde y todo sigue igual?** Ahí es donde **tropezamos porque tenemos una fe infantil que solo busca milagros**. Anhelamos que Dios cambie la realidad afuera, pero Él usa el silencio para cambiarnos a nosotros por dentro. **Dios no va a transformar nuestra situación hasta que el silencio no transforme nuestro corazón. Cuando cambiamos por dentro, el mundo entero cambia de perspectiva. Cuando Dios calla, nosotros decidimos cambiar, maduramos en la prueba y es ahí cuando todo cambia.**

Veamos tres ejemplos en la Biblia de personas que entendieron que el silencio viene a transformarnos:

1. JOB: Cuando el silencio desarma el egoísmo.

El silencio prolongado tiene como propósito limpiar nuestras intenciones. Job lo perdió todo en veinticuatro horas. Pasó meses rascándose las heridas bajo un cielo mudo. Sus amigos lo acusaban y Dios no respondía. En ese aislamiento absoluto, **Job entendió que Dios vale más que todo lo que había perdido; descubrió que la mayor riqueza no era lo que Dios le daba, sino Dios mismo:** *“Antes bien, yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo... y en mi carne he de ver a Dios”,* Job 19:25-26 (NTV). En ese momento su economía seguía quebrada, pero su corazón ya había cambiado. **Si buscamos a Dios solo cuando hay problemas, no amamos a Dios; amamos al milagro. Si el cielo calla, dejemos de pedirle cosas y empecemos a conocerlo a Él.**

2. JACOB: Cuando Dios no cambia el problema, pero nos cambia a nosotros.

Jacob pasó toda su vida huyendo y manipulando, hasta que una noche quedó solo en la oscuridad más absoluta, Génesis 32. Su hermano Esaú venía con 400 soldados armados para matarlo. La lógica humana pedía un milagro exterior, pero Dios tenía otro plan: no disolvió el ejército enemigo ni envió un escudo sobrenatural; prefirió dislocarle la cadera a Jacob, romperle el orgullo y cambiarle la identidad: *“A partir de ahora te llamarás Israel, porque has luchado con Dios... y has vencido”,* Génesis 32:28. Al amanecer el peligro externo era el mismo pero el hombre tramposo se había muerto. Pasamos meses pidiéndole a Dios que quite la piedra de nuestro zapato, cuando Él la está usando para cambiar nuestra forma de caminar. **Dejemos de rogarle a Dios que cambie a nuestro jefe, a nuestra pareja o nuestra economía; pidamos que rompa nuestro orgullo.**

3. DAVID: Cuando la cueva te gradúa como rey.

David fue ungido para ser rey, pero terminó escondido en una cueva por más de diez años, 1º Samuel 22:1. **El aceite de la unción todavía olía fresco en su cabeza,**

mientras el frío de la roca le calaba los huesos. Afuera nada cambiaba; Saúl seguía gobernando de forma demente. Pero adentro de David algo se estaba muriendo: su inmadurez. **En el silencio de la cueva aprendió a perdonar, a liderar en la escasez y a depender solo de Dios:** *“El Dios que me armó de valor... Me entrena para la batalla”*, Salmo 18:32-34. **La cueva no es un desvío; la cueva es parte del mapa del rey.** Dios nos mantiene allí para proteger nuestro corazón. **Si vamos al palacio sin pasar por el proceso, el trono nos va a destruir.** Dejemos de quejarnos por el silencio: **¡No estamos estancados, estamos siendo entrenados!**

Los que se endurecieron en el silencio

El silencio de Dios tiene un peligro: no todos reaccionan bien cuando el cielo calla. Ya vimos a los que se dejaron transformar por dentro. Comparemos ahora a estos personajes con los que se mantuvieron rígidos por fuera y dejaron que el orgullo los destruyera:

1. Job y el Faraón. Estos dos hombres perdieron todo bajo el peso de una crisis absoluta, pero con resultados totalmente diferentes. Job se quedó en silencio, adoró en el piso, se dejó quebrar por Dios y salió de la prueba transformado. El Faraón de Egipto vio las plagas, el cielo se le cerró, pero en lugar de cambiar, la Biblia dice que *“endureció su corazón”*, Éxodo 8:15. **Las crisis nos endurecen o nos transforman. El mismo fuego que derrite la cera es el que endurece el barro.** El problema no es el silencio de Dios, es la dureza de nuestro corazón. **Si la prueba no nos cambia por dentro, nuestro propio orgullo nos va a destruir por fuera.**

2. David y Saúl. David y Saúl fueron ungidos por Dios y los dos terminaron acorralados bajo una presión externa. David usó la cueva para madurar. Tuvo la oportunidad de matar a Saúl, pero prefirió perdonarlo, 1º Samuel 24:5. Cambió la venganza por la misericordia. Saúl nunca cambió. Cuando la presión lo apretó, persiguió a David por celos, consultó a una adivina y se justificó hasta el día de su muerte. **David salió de la cueva listo para ser rey; Saúl se quedó en el trono, pero con mentalidad mezquina y vengativa. Dios no nos va a sacar de la cueva hasta que la cueva no haya sacado la arrogancia de nuestros corazones.**

3. Jacob y Esaú. Aquí tenemos a dos hermanos mellizos con la misma crianza y las mismas enseñanzas, pero con respuestas totalmente opuestas frente a Dios. Jacob entendió que no podía seguir siendo un tramposo. Buscó al Señor en el silencio, se dejó dislocar la cadera y recibió una nueva identidad, Génesis 32. Esaú se quedó igual: consumió sus años acumulando bienes y ejércitos, pero su naturaleza inmadura nunca cambió, *“Despreció a Dios... y cambió sus derechos de hijo mayor por un plato de comida”*, Hebreos 12:16, (TLA). Cumplir años no nos hace maduros. **De nada sirve que el reloj corra si por dentro seguimos siendo los mismos testarudos.** A Jacob Dios le cambió la naturaleza; a Esaú solo le pasaron los años. **El silencio de Dios nos va a madurar o nos va a envejecer; la decisión es nuestra.**

Conclusión. Miremos el contraste final a la luz de las Escrituras:

- **Job se dejó quebrar por el silencio y vio a Dios cara a cara. Faraón endureció su corazón en el silencio y terminó sepultado en el mar.**

- **David usó la cueva para forjar su carácter como rey. Saúl retuvo el palacio, pero murió atormentado, vacío e inseguro.**
- **Jacob se dejó cambiar el nombre en la oscuridad de la noche. Esaú se quedó con sus armas, pero con el alma orgullosa y profana.**

¿Qué está produciendo el silencio en tu vida? ¿Está ablandando tu corazón para dar a luz un carácter de rey como el de David, o te está endureciendo como al Faraón? **Si el reloj corre y el cielo calla, es hora de adorar, no de fabricar atajos.** Job lo entendió después de perderlo todo. **Dios no cambió su situación económica hasta que no cambió su corazón.** Por eso dijo: *“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”*, Job 42:5-6.

La escuela del silencio no es para que cambie nuestra cuenta bancaria; es para que nuestros ojos finalmente vean a Dios. Y cuando nuestros ojos lo ven a Él, lo tenemos todo. Que la presión del reloj no nos robe la bendición del proceso. **Si nada cambia afuera, adoremos, y si lo permitimos, todo empezará a cambiar por dentro. Si el cielo calla, ¡que nuestra fe cante!**